

CAPITULO V.

LLEGADA A TLASCALA.—AMISTOSO RECIBIMIENTO.—DESCONTENTO DEL EJERCITO.—CELOS DE LOS TLASCALTECAS.—EMBAJADA DE MEJICO.

1520.

El dia siguiente temprano, levantó el ejército el campo. Parece que el enemigo no hizo tentativa alguna para volver á emprender el ataque; pero sí se presentaron varias partidas durante la mañana, conservándose á una respetuosa distancia de los españoles, aunque de cuando en cuando se aventuraban á acercarse á ellos lo bastante para saludarlos con una lluvia de flechas.

En un terreno algo elevado, descubrieron los castellanos un manantial, cosa no muy fácil de encontrar en aquellas áridas regiones, el cual recordaban con placer á causa del refrigerio que les habian proporcionado sus frescas y cristalinas aguas (1). Un poco mas adelante descubrieron la tosca muralla, que servia de baluarte y límites al territorio tlascalteca. Luego que la vieron, prorrumpieron los aliados en estrepitosas aclamaciones de regocijo, en el cual tomaron cordialmente parte los españoles, como que veian que pronto pisarian una tierra hospitalaria y amiga.

Pero á este sentimiento siguióse otro de muy diversa clase. Mientras mas se acercaban á los confines de Tlascala, mas turbaba su mente el penoso temor del modo con que los recibiría un pueblo, al cual traian el luto y la desolacion, y que si queria podia fácilmente aprovecharse de su triste situacion para aniquilarlos. Estos y otros pensamientos semejantes, dice Cortés, pesaban tan fuertemente en mi espíritu, como cualquiera otro de los que experimenté al ir á combatir con los aztecas (2). Con todo, puso como siempre buen semblante á la dificultad, y alentó á los soldados á que confiaran en los aliados, cuya pasada conducta les daba bastante fundamento para descansar en su fidelidad futura. Acon-

(1) ¿Será esta por ventura la misma fuente de que hace Fr. Toribio mencion en su noticia tipográfica del pais? "Nace en Tlaxcala una fuente grande á la parte de Norte, cinco leguas de la principal ciudad; nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir *cabeza*, y así es, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor rio de los que entran en la mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatula." Hist. de los indios, MS., Parte 3, cap. 16.

(2) "El qual pensamiento, y sospecha nos puso en tanta afliccion, quanta trahiamos viniendo peleando con los de Culúa." Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 149.



D. CRISTOBAL COLON.

sejoles, sin embargo, que como eran tan desiguales sus fuerzas, cuidasen mucho de no dar motivo alguno de queja ó celos á sus valientes aliados. “Estad siempre prevenidos,” continuó el intrépido general, “que aun tenemos corazon fuerte y brazo vigoroso para abrirnos camino por en medio de ellos” (3). Con estos alarmantes temores, dijo adios el ejército á los dominios aztecas, y volvió á pisar el suelo de la república.

El primer lugar en que se detuvieron fué la ciudad de Huejotlipan, que tenia de poblacion cerca de doce ó quince mil habitantes (4). Recibiólos el pueblo bondadosamente, y salió á encontrarlos, invitándolos á que se alojaran en sus casas, y proporcionándoles todos los auxilios que les dictaba su sencilla hospitalidad; aunque no era ésta tan desinteresada, segun dicen algunos españoles, que no tuvieran que darles en recompensa parte del rico botín tomado en la última accion (5). Descansaron allí las fatigadas tropas dos ó tres dias, y al cabo de ellos habiendo llegado la noticia de su regreso á la capital, que solo distaba cuatro ó cinco leguas, salieron el anciano cacique Maxixca que tan buena acogida les dió en su primera visita, y Xicotencatl, el joven guerrero que segun recordará el lector mandaba los ejércitos de su nacion en los encuentros sangrientos con los españoles, acompañados de un gran número de ciudadanos á dar la bienvenida á los que buscaban refugio en Tlascalala. Abrazando cordialmente Maxixca al general español, le expresó el profundo sentimiento que le inspiraban sus desgracias, añadiendo que el haber resistido los hombres blancos tan largo tiempo al poder reunido de los aztecas, era la mejor prueba de las hazañas prodigiosas que habrian ejecutado. “Nosotros,” dijo el noble tlascalteca, “hemos hecho causa comun con vosotros: unos y otros tenemos agravios comunes que vengar; y ya volvais triunfantes, ya vencidos, estad ciertos de que seremos hasta la muerte vuestros leales y sinceros amigos” (6).

Esta afectuosa protesta y amistosos ofrecimientos de parte de quien ejercia mas influjo en los negocios públicos que los demas gefes, disipó las dudas que agitaban el ánimo de Cortés. Aceptó gustoso la invitacion de continuar inmediatamente su marcha á la capital, donde encontraría mas comodidades para

(3) “Y mas dixo, que tenia esperanza en Dios que los hallariamos buenos, y leales; é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes, y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy aperebidos.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(4) Llamado Gualipan por Cortés. (Ibid., p. 149.) Un azteca hubiera encontrado mucha dificultad en trazar el camino de sus enemigos por los itinerarios de estos.

(5) Ibid., ubi supra.

Juan Cano, que era del ejército, niega esto, y asegura que los recibieron los nativos como á sus hijos, y sin querer recibir ninguna recompensa. (Véase el Apéndice, parte 2, número 11.)

(6) “Y que tuviese por cierto, que me serian muy ciertos, y verdaderos amigos, hasta la muerte.” Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 150.

el ejército que en aquella pequeña ciudad fronteriza. Colocados los enfermos y heridos en hamacas, fueron conducidos en hombros de los hospitalarios indios, y al llegar las tropas cerca de la ciudad, salieron á recibirlas multitud de los habitantes, que llenaban el aire con gritos de júbilo y con el desconcertado ruido de sus poco armoniosos instrumentos; pero en medio del gozo general, se escuchaba el acento lastimero de algun desgraciado pariente ó amigo, que buscaba en vano entre las menguadas columnas de sus compatriotas una persona que le era cara, y que no encontrándola, manifestaba su pesar con sentidos lamentos, que conmovían á todos los soldados. Con este mezclado acompañamiento del gozo y del dolor, disímulo tejido de la vida humana, volvieron al fin á entrar en la capital republicana las fatigadas columnas de Cortés (7).

El general y su comitiva fueron alojados en el sencillo pero espacioso palacio de Maxixca, y el resto de las tropas en los límites del distrito que presidía este noble tlascalteca. Allí permanecieron algunas semanas, hasta que la esmerada atención de los hospitalarios ciudadanos, y los remedios que sus escasos conocimientos quirúrgicos podían proporcionarles, curaron sus heridas, y se recobraron de la debilidad á que los habían reducido sus dilatados é inexplicables sufrimientos. Cortés fué uno de los que mas padecieron, en términos de perder el uso de dos dedos de la mano izquierda (8). Había recibido tambien dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó tanto por sus subsiguientes trabajos mentales y corporales, que tomó un aspecto alarmante, y fué necesario sacarle un pedazo de cráneo. Atacóle despues una fiebre, y por varios dias el héroe, que había desafiado los peligros y la muerte en sus mas espantosas formas, se vió tendido en el lecho del dolor tan indefenso como un niño. Pero su robusta constitucion lo hizo triunfar del mal, y pudo al fin recuperar su acostumbrada actividad (9). Recompensaron los españoles con atenta

(7) Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.—“Sobrevinieron las mugeres tlascaltecas; y todas puestas de luto, y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habían ido con los españoles, y quedaban todos allá muertos: no es menos, sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitan, y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 28.

(8) “Yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.”—Son las mismas palabras de que usa Cortés en su carta al emperador. (Rel. seg., en Lorenzana, p. 152.) Sin embargo D. Juan Cano, cuya alianza con una familia india le hacía tener tantas simpatías por los aztecas como por los españoles, aseguró á Oviedo cuando lamentaba la desgracia de Cortés, que podía excusar su sentimiento, pues tenía los mismos dedos que había traído de Castilla. (Véase el Apéndice, parte 2, número 11.) ¿No podría suceder que al decir manco hubiera querido dar á entender liciado ó estropeado?

(9) “Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque

generosidad los servicios de sus amigos los tlascaltecas, dividiendo con ellos los despojos de la última victoria, y especialmente Cortés complació mucho á Maxixca, regalándole el trofeo militar que había ganado al general indio (10).

Pero entre tanto iban restaurando los españoles su salud y sus fuerzas, merced al bondadoso trato de los aliados, y recobrando la confianza y tranquilidad de espíritu que les habían arrebatado sus últimas desgracias, recibían de cuando en cuando, noticias que mostraban que su último desastre no había sido solo el que experimentaron en la capital de Méjico. Cuando vino Cortés á encontrar á Narvaez, había traído consigo cierta cantidad de oro que dejó por seguridad en Tlascalala, á cuya suma se añadió la no poco considerable que colectó el malogrado Velazquez de Leon en su expedicion á la costa, así como tambien las contribuciones de varias provincias. A causa del levantamiento de la capital, creyó el general conveniente cuando volvía á ella, dejar todavía el tesoro al cuidado de algunos soldados inválidos, que cuando estuvieran en estado de marchar habían de reunírsele en Méjico. Despues había llegado una partida de Veracruz, compuesta de cinco caballos y cuarenta infantes, y encargábase de escoltar á los enfermos y tesoro hasta la capital. Supo entonces que habían sido atacados en el camino, y que derrotados enteramente habían perdido todo el tesoro. Otros doce soldados que marcharon en la misma direccion, habían sido asesinados en la provincia inmediata de Tepeaca; y continuamente se recibía noticia de algun desgraciado castellano, que confiado en el respeto que hasta entonces se había mostrado á sus compatriotas, é ignorante de los desastres de la capital, había sido víctima del furor del enemigo (11).

Estas funestas noticias inspiraron á Cortés tristes temores con respecto á la colonia de la Villa-Rica, último asilo de su esperanza. Despachó por lo mismo un mensajero de confianza, y tuvo la inexplicable satisfaccion de recibir en contestacion una carta del comandante de la plaza, participándole estaba salva la colonia, y en relaciones amistosas con sus vecinos los totonacas. Era la mejor garantía de la fidelidad de estos, que habían ofendido muy gravemente á los mejicanos para que pudieran esperar perdon.

Mientras la suerte de Cortés presentaba un aspecto tan triste en cuanto á

no le curaron bien, sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó.” Gomara, Crónica, cap. 110.

(10) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.—Bernal Diaz, Ibid., ubi supra.

(11) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 150.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.

Herrera copia la siguiente inscripcion, que se encontró grabada en la corteza de un árbol sin duda por alguno de estos desdichados españoles. “Por este camino pasó Juan Juste y sus miserables compañeros que estaban tan acosados del hambre, que tuvieron que dar una barra de oro macizo con peso de ochocientos ducados por unas cuantas tortillas de maiz.” Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.

las hostilidades del enemigo, tuvo que experimentar otra desgracia no menos sería en el descontento de sus soldados. Muchos de ellos habian creído que los últimos desastrosos reveses darian fin á la expedicion, ó al menos alejarían toda idea de insistir en ella por entonces; pero conocian poco á Cortés los que racionaban así. Aun tendido en el lecho de dolor, estaba revolviendo en su mente nuevos planes para recobrar su honor, y el imperio que se habia perdido por falta de otros mas bien que por la suya. Hízose esto manifiesto luego que convaleció, por los nuevos reglamentos que formó para el ejército, como tambien por las órdenes que envió á Veracruz con el fin de que le proporcionaran nuevos refuerzos.

La noticia de todo esto causó mucha inquietud á los soldados descontentos, que casi todos eran de los que habian venido con Narvaez, y á quienes como hemos visto, les habia cabido la peor parte de la guerra. Muchos de ellos tenian propiedades en las islas, y habian tomado parte en la expedicion con la esperanza de aumentarlas; pero no habian encontrado en Méjico ni oro, ni gloria. El servicio que prestaban entonces los llenaba de disgusto, y los pocos, comparativamente hablando, que habian tenido la suerte de sobrevivir, deseaban con ansia volver á sus ricas minas y hermosas fincas de Cuba, maldiciendo amargamente el dia en que las habian dejado.

Viendo que el general hacia poco caso de sus quejas, dispusieron hacerlas por escrito, repitiendo su peticion mas formalmente. Representaron la temeridad de insistir en una empresa que se hallaba en tan mal estado, pues faltábanles, no solo armas y municiones, sino hasta hombres, y esto cuando tenian que luchar con un poderoso enemigo que podia proporcionarse muchos recursos. Era pues una locura pensar en ella, y aun era de temer que el intentar la los llevaria á la piedra del sacrificio. No les quedaba mas arbitrio que dirigirse á Veracruz, y cada hora de tardanza podia serles fatal. La guarnicion de esta plaza podia ser vencida por no tener la fuerza necesaria para defenderse por sí sola, y así perderian hasta su último asilo; pero una vez allí, podian esperar con alguna seguridad refuerzos de la madre patria, y en caso de una desgracia escaparse con mas facilidad. Concluia la representacion insistiendo en que se les permitiese volver al instante al puerto de la Villa-Rica. Esta peticion, ó mejor dicho protesta, iba firmada de todos los soldados desafectos, y depues de haber sido formalmente autorizada por el notario real se le presentó á Cortés (12).

Era un acontecimiento demasiado serio para este. Lo que mas le afectó, fué encontrar allí el nombre de su amigo el secretario Duero, á cuyos buenos oficios habia debido principalmente el mando del ejército. Sin embargo, no

(12) Esto trae á la memoria la representacion del mismo género que hicieron á Alejandro sus soldados cuando llegaron á Hystaspis; pero esta obtuvo mejor resultado como era regular, pues Alejandro seguia adelante por saciar su ambicion indefinida de conquista, mientras que Cortés solo trataba de llevar al cabo su ya principiada empresa. Lo que era locura en Alejandro era heroismo en Cortés.

por esto vaciló un momento en su propósito. Aunque al parecer carecia de todos los recursos exteriores, y sus amigos, ó le faltaban ó le abandonaban, no desmintió su carácter. Conocia que retirarse á Veracruz, seria abandonar la empresa. Llegando allá, pronto encontraria el ejército pretexto para sublevarse, y regresar á las islas, y entonces todos sus planes ambiciosos vendrian por tierra: perderíase para siempre la presa que ya tenia en sus manos; seria un hombre arruinado.

En su célebre carta al emperador Carlos V, dice, "que reflexionando sobre su posicion, conoció la verdad del antiguo proverbio español, de que la fortuna ayuda al audaz. Los españoles éramos soldados de la cruz, y confiando en la infinita bondad y misericordia de Dios, no podia creer permitiese que nosotros, y su santa causa pereciéramos á manos del infiel" (13). Resolvió por lo mismo no bajar á la costa, sino contramarchar á todo riesgo, y atacar de nuevo al enemigo en su propia capital.

En este mismo resuelto tono contestó á los soldados descontentos (14), y usó de todos los argumentos que podian mover su orgullo y honor como caballeros. Apeló á aquel antiguo valor castellano, que jamas se habia visto ceder á presencia del enemigo: rogóles no desmintieran los heroicos hechos que habian hecho resonar su nombre por la Europa entera; que no dejaran la empresa media concluida para que viniesen á consumarla otros mas osados ó mas felices. ¿De qué manera honrosa podian abandonar á los aliados tlascaltecas, á quienes habian envuelto en la guerra, ni cómo podrian dejarlos indefensos, expuestos á la venganza de los aztecas?

Retroceder un solo paso hácia la Villa-Rica, seria proclamar su debilidad, desanimar á los aliados, é infundir confianza al enemigo. Suplicóles por lo mismo confiaran en él, y reflejaran, que si habian encontrado reveses, él habia cumplido todo, y aun mas de lo que les habia ofrecido. Seria fácil reponer sus pérdidas si tenian paciencia, y permanecian en esta tierra hospitalaria hasta recibir refuerzos, que pronto vendrian si se pedian, y los pondrian en estado de hacer una guerra ofensiva. Si habia no obstante algunos incapaces de ser movidos por las razones que mueven el corazon de todo hombre valiente, de manera que prefirieran el descanso en sus hogares á lo gloria de esta extraordinaria conquista, no se opondria á sus deseos. Vayan en buena hora. Dejen á su general en tan duro conflicto, que él se encontrará

(13) "Acordándome, que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos christianos y confiando en la grandísima Bondad, y Misericordia de Dios, que no permitiria, que del todo pereciésemos, y se perudiese tanta, y tan noble Tierra." Rel. seg., en Lorenzana, p. 152.

(14) Tal contestacion, dice Oviedo, manifiesta que era hombre de un espíritu indomable y de elevadas cualidades. "Páreceme que la respuesta que á esto les dió Hernando Cortés, é lo que hizo en ello, fué una cosa de ánimo invencible, é de varon de mucha suerte é valor." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.

mas seguro con los servicios de unos cuantos valientes, que rodeado de un ejército de falsos y cobardes guerreros (15).

Las tropas desafectas eran, como ya se ha dicho, en su mayor parte las que vinieron con Narvaez. Cuando los veteranos que habian seguido al general, oyeron sus palabras (16), hirvió su sangre de indignacion al solo pensar que hubiera quien quisiera abandonarle en tan crítico momento. Se comprometieron á acompañarle hasta el último trance, y acallados los descontentos, si no convencidos por la expresion de este sentimiento generoso de sus camaradas, consintieron en retardar por entonces su marcha, bajo la promesa de que no se les pondría otro obstáculo, luego que se presentara mas favorable ocasion (17).

Apenas habia vencido esta dificultad, cuando se vió Cortés amenazado de otra mas seria, en los celos que se suscitaron entre sus soldados y los indios aliados. Sin embargo de las muestras de consideracion que les dispensaban Maxixca y sus inmediatos súbditos, habia otros tlascaltecas que miraban con aversion á sus huéspedes, por las desgracias en que los habian envuelto, y preguntaban con insolencia, si ademas de esto habia de gravárseles con la presencia y manutencion de los extranjeros. Estas señales de descontento no fueron tan secretas que no llegaran á oídos de los españoles, en quienes produjeron no poca inquietud. Provenian, es verdad, de personas de poca importancia, pues los cuatro gefes principales de la república eran celosamente adictos á Cortés; pero les daba que sospechar la conducta del belicoso Xicotencatl, en cuyo pecho aun ardian las cenizas de aquel odio implacable que tan valerosamente habia desplegado en el campo de batalla; y algunas chispas de este fiero carácter se encendian á veces por el trato íntimo que contra su voluntad tenia con sus antiguos antagonistas.

Vió Cortés con alarma aquellas señales crecientes de enemistad, que podian minar los cimientos en que debia descansar la palanca de sus futuras operacio-

(15) "É no me hable ninguno en otra cosa; y el que desta opinion no estuviere, váyase en buen hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde, ni desacordado de su propia honra." Hist. de las Ind., MS., loc. cit.

(16) Oviedo emplea varias páginas en copiar la arenga de Cortés, en la que el orador cita á Jenofonte y la historia antigua de los judíos, estilo mas propio del claustro que del campo; y ni Cortés era pedante ni sus soldados literatos.

(17) Sobre esta turbulenta desavenencia puede verse á Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 129.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 152.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.—Gomara, Crónica, cap. 112 y 113.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 14.

Diaz se irrita mucho contra el capellan Gomara, por no distinguir á los antiguos veteranos de Cortés de los reclutas de Narvaez, y complicar á unos y á otros en la rebelion. Lo que dice el capitan parece mas cierto, y por eso lo he adoptado en el texto.

nes, y empleó todos los argumentos posibles para restablecer la confianza en sus soldados. Recordóles los buenos servicios que habian recibido constantemente de la masa de la nacion: hízoles ver la garantía suficiente de la fidelidad de los tlascaltecas que les daba su odio arraigado á los aztecas, odio que las últimas desgracias causadas por la misma mano debian haber avivado; y manifestóles con el mayor ahinco, que si los tlascaltecas abrigaran contra ellos designios hostiles, ciertamente se habrian aprovechado de su angustiada situacion, y no habrian esperado á que se hubiesen recobrado de sus fatigas y hubieran adquirido los medios de oponer resistencia (18).

Mientras Cortés procuraba aquietar de esta manera con éxito dudoso sus temores y los de sus compañeros, sobrevino un acontecimiento que felizmente terminó la cuestion, y afirmó de una manera estable las relaciones con la república. Este mismo acontecimiento, hace necesario dar noticia de lo acaecido en Méjico, despues de la salida de los españoles.

Muerto Montezuma, fué electo para substituirle en el trono, conforme á las reglas establecidas por el uso en la sucesion de la corona azteca, su hermano Cuiclahua, señor de Iztapalapan. Era un príncipe activo, muy experimentado, y de una energía de carácter propia para sostener la vacilante monarquía. Ademas, parece que era hombre liberal, y aun puede llamarse ilustrado, si ha de juzgarse por los hermosos jardines de su ciudad de Iztapalapan, que sembró de plantas exóticas, y que tanto llenaron de admiracion á los españoles. Muy contrario á su predecesor, detestaba á los hombres blancos, y tuvo probablemente el gusto de solemnizar el dia de su coronacion con el sacrificio de muchos de ellos. Luego que salió libre del cuartel de los españoles, donde habia sido detenido por Cortés, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. El habia dirigido los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste, y á instancias suyas se reunió el poderoso ejército, que disputó el paso á los españoles, en el valle de Otumba (19).

Desde que estos evacuaron la capital, se habia ocupado activamente en reparar los daños que habia sufrido, en reedificar las casas y puentes, y ponerla en el mejor estado de defensa. Habia procurado tambien mejorar la disciplina y armamento de sus tropas: introdujo en ellas el uso de las largas lanzas; y colocando en largas picas las hojas de espada quitadas á los cristianos, formó una arma formidable contra la caballería. Excitó á todos sus vasallos de lejos y de cerca á que estuviesen prontos á marchar al auxilio de la capital, si era necesari-

(18) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 14.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 29.

(19) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 166.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27 y 29.

O por mejor decir, por instigaciones del gran demonio, capitan de los demas demonios, llamado Satanás, que dirigia todo en Nueva España á su voluntad y placer, antes de que llegaran los españoles. Con tan elocuente exordio comienza el P. Sahagun uno de los capitulos de su obra.

rio; y para ganar mejor su afecto, los exoneró de algunos de los impuestos que acostumbraban pagar. Pero iba á experimentar la inseguridad de un gobierno, que solo descansa en el miedo y no en el amor de sus súbditos. Los pueblos de las inmediaciones del valle le fueron fieles, pero otros permanecieron tranquilos, inciertos sobre qué camino tomar, al paso que algunos de las demas provincias distantes, rehusaron abiertamente obedecer, considerando este un momento favorable para sacudir el yugo que por tanto tiempo las habia oprimido (20).

En este conflicto mandó el gobierno una embajada á sus antiguos enemigos los tlascaltecas. Componíanla seis nobles aztecas, que llevaban un presente de telas de algodón, sal y otros efectos, que hacia algun tiempo eran muy escasos en la república. Los gefes de ésta admirados de tal acto de condescendencia por parte de sus inveterados enemigos hasta entonces sin ejemplo, convocaron el consejo ó senado, compuesto de todos los principales gefes.

Ante esta asamblea expusieron los aztecas el objeto de su mision. Invitaron á la república á olvidar todos los agravios pasados, y á celebrar con ellos un tratado. Manifestaron que todas las naciones del Anáhuac debian hacer causa comun para defender su pais de la invasion de los hombres blancos. Los tlascaltecas harian caer sobre su cabeza la ira de los dioses si continuaban dando hospitalidad á unos extranjeros, que habian violado y destruido sus templos. Dijéronles, que si confiaban en la proteccion y ayuda de estos aventureros, tomaran ejemplo de lo que habia sucedido en Méjico, en cuyos muros habian sido recibidos amistosamente, y á la que en recompensa habian llenado de sangre y reducido á escombros. Conjuráronlos por respeto á su religion comun á no sufrir que los hombres blancos, reducidos como estaban entonces al último extremo de miseria, escaparan de sus manos, é instáronles á sacrificarlos á todos á los dioses, cuyos templos habian profanado. En tal caso ofrecian la alianza de Méjico y restablecer el lucrativo comercio que proporcionaria á la república todos los artículos de comodidad y lujo, de que tanto tiempo habia estado privada.

Muy diverso efecto produjeron en el senado las propuestas de los embajadores. Xicotencatl fué de dictámen que se aceptasen al punto, pues era mejor unirse con los de su misma raza, que hablaban el mismo idioma, que profesaban la misma fe y tenian las mismas costumbres, que echarse en brazos de los orgullosos extranjeros, quienes aunque hablaban de religion, no adoraban mas dios que el oro. Siguió esta opinion toda la juventud guerrera, cuyo pecho se inflamó de entusiasmo al escuchar el discurso del intrépido caudillo; pero los gefes ancianos, especialmente el ciego Xicotencatl, uno de los cuatro gefes del estado que parece era muy adicto á los españoles, y Maxixca íntimo amigo de ellos, se expresaron fuertemente contra la propuesta alianza con los aztecas. Son siempre los mismos, dijo el último; lisonjeros en sus palabras, y falsos en

(20) Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 29.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19.

sus sentimientos. Es el miedo quien los obliga á solicitar nuestra amistad; pero luego que éste pase volverán á su antiguo rencor. ¿Quiénes sino estos suspicaces enemigos han por tanto tiempo privado á la república de los objetos mas precisos de la vida, que ahora ofrecen tan liberalmente? ¿No son los blancos á quienes se debe que la nacion posea ya esos bienes? ¡Y sin embargo, se nos excita á sacrificar en las aras de los dioses á guerreros, que despues de pelear en favor de la república se han entregado á nuestra hospitalidad! Los dioses aborrecen la perfidia; y por otra parte, ¿no son los hombres blancos, los mismos cuya venida está anunciada por los oráculos? Aprovechémonos pues de su llegada, y hagamos causa comun con ellos para humillar enteramente á nuestros orgullosos enemigos.

Este discurso provocó una viva réplica por parte de Xicotencatl, hasta que agotada la paciencia del anciano gefe, sustituyó la fuerza á las razones, y arrojó de la cámara á su jóven antagonista. Una conducta tan contraria al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nacion, llenó de asombro á la asamblea. Los mas exaltados partidarios de Xicotencatl, temieron sostener á un general que habia recibido tal señal de desprecio del gefe á quien mas veneraban. Su mismo padre le condenó públicamente, y el jóven y patriota guerrero, dotado de mas prevision que sus compatriotas, quedó aislado en el consejo, como antes lo habia estado en el campo de batalla. Fué, pues, rehusada unánimemente la ofrecida alianza de los mejicanos; y temiendo los enviados que aun el sagrado carácter de que iban revestidos no los librara de alguna violencia, se escaparon secretamente de la capital (21).

El resultado de la conferencia fué de la mayor importancia para los españoles, quienes en la triste situacion en que se encontraban, y especialmente si se les cogia desprevenidos, hubieran quedado probablemente á merced de los tlascaltecas. De todas maneras, la union de estos con los aztecas hubiera fijado la suerte de la expedicion, pues careciendo de recursos propios solo podia esperar Cortés su triunfo, valiéndose de una parte de la poblacion para combatir á la otra.

(21) La discusion del senado tlascalteca la refieren con mas ó menos pormenores, pero sustancialmente lo mismo los autores siguientes. Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 29.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 12, cap. 14. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 129.—Gomara, Crónica, cap. 111.